

CUE 73568

Fausto o el Helenismo Barroco

«Con esa desnuda, elegante sencillez de una estatua griega, y al tiempo con ese desusado tinte atormentado de las cosas de Roma, Fausto Culebras, alcarreño, de la Cuenca entre Mancha y Sierra, repercute en la elección magistral de lo clásico y barroco, capaz de alumbrar caminos o alfombrar de piedras enormes la segura calzada. Para eso se han hecho las esculturas de Fausto —Fausto a secas, así para que suene a Goethe— en la serenidad del tiempo que se remansa y permanece. O el recuerdo, —presencia vista o palpada— de esas enormes cariátides o estriados fustes de las hoces conquenses. Cuando, recortadas en la claroscuro de los ponientes, se van perfilando las vestales paseantes del Foro romano, éstas son las luces y sus torcos, las túnicas con que se presentaran al taller de Fausto para que las viere luego. Conocí los dedos y la reciedumbre de sus hombros, y sé que el que fue Fausto gastó sus ojos en contemplar a Praxiteles, las copias de Fidias y al Buonarrotti; entretuvo su propia mole humana en los mejores museos de Europa, escapado allí por el mero placer de la contemplación sencilla. O atormentado en éxtasis emocional.»

Así comencé, y ahora copio, un viejo artículo de allá muchos años atrás, vísperas casi de su desaparición, montando la estatua equestre de un Mendoza conquense, fundador de ciudades, inventor de la Cuenca de los cuencanos de Ecuador. Ingresó viajero en la nómina de los artistas del perenne exilio. Y no por que fuera al Otro Lado cumplido el plazo. Es que su cuerpo lo dejaron en un nicho de tantos con la tapia de yeso y sus dos letras fatales F. C. a él que tantos otros relieves tallara y figura de bronce puesto sobre las grandes losas. Dolorosamente sigue allá, no sé si matizando con sus huesos los planos de luces y los volúmenes sagrados de las montañas, perenne —está más que sabido y visto— exiliado de su tierra, muy seguro en



(Foto: Aurelio Lorente).



(Foto: Aurelio Lorente).



(Foto: Aurelio Lorente).

la multitud de un osario. La singularidad de Fausto se manifestó en una inconformidad estricta hacia su propia obra. Hubiera destrozado lo anterior si ya no fuera bulto cierto duro y pesado. Era lento en el hacer, porque elegía la calidad de sus resultados con la rara caligrafía de los que exigen de antemano perfección. Su inclinación al realismo le permitió palabras hermosas hechas estatua de piedra o devoción en la madera.

Delicado y en puntillas de nube para sus vírgenes del Carmen en Lérida o el gracioso gesto de la que ennoblece una esquina de la vieja ciudad de Cuenca, guardiana élla de los pasos procesionales que dan vista a la calle del Peso. Sorprendedor de la dulce comunicación divina en la talla del San Antón, inexplicablemente dejado fuera de culto y ahora mismo en el Museo de Cuenca. La disposición barroca dentro de la



(Foto: Aurelio Lorente).

mejor tradición imaginera castellana del San Roque igualmente dejado a un lado de la devoción popular para la que fuera destinado. Gesticulador arcángel vencedor en el San Miguel de Tragacete. Así no pocas imágenes atormentadas o serenas, siempre sensiblemente religiosas. Y para los sueños la procesión de las trece figuras de lo que pudo ser obra maestra de la Semana Santa conquense: la Sagrada Cena.

Poseía el difícil equilibrio que sintetiza la obra artística cierta. La figura cobraba exactamente el espacio, pues su preparación estaba a medias de la sabiduría y la intuición. La tentación gesticulante era templada por la sencillez del trazo, la audacia de la expresión por la estética de la posición. Y aconsejábale a sí propio en la mesura y no en la complicación. Hubiera resuelto su impresionante capacidad si no hubiera sido excesivamente modesto. Y si su misma incitación a la ironía hacía lo suyo no le hubiera perdido en disquisi-

ciones, en una espiral peligrosa que deseaba de continuo lo mejor y lo perfecto. Pero ahí están sus grupos casi dentro de la magia griega, satinados de ligerezas y contruidos de piedad. La minuciosa disposición de paños vuela exquisita y se atormenta en un rostro que vuelve a iniciarse en los aires barrocos. Entre la perfección helenística y el barroco castellano estuvo su no cesado oficio de escultor, de creador de formas.

La figura llena precisa el espacio y lo dispone. La escultura ocupa la hornacina. Ardientemente construye el grupo acumulando el ritmo a un ambiente: el dinamismo del momento es fuente de fervores, exquisita inflexión ardiente. No le faltaron nunca recursos que indican sapiencia y la escultura se entremezcla superando rudezas y posibles fallos. Fausto aprendió, como lo hizo otro contemporáneo maestro español, Victorio Macho, que el oficio debe ser superado por el temperamento, la personalidad y la fuerza. Sin ello no existe sino un baño superficial y un esquema. Dibujaba la forma y la preparaba así para su nacimiento. Las muchas dificultades le impidieron dar todo cuanto tenía dentro. Y tuvo discípulos a los que, sobre todo, enseñó que el dominio de si mismo es comienzo del arte.

Quienes conocimos a Fausto, aún lo tenemos al lado: su melena sabiamente colocada tapaba la oreja imperfecta, la sonrisa era dulce y burlona a la vez, su conversación del que aprende y enseña. Paseó y gastó su beca en ver de cerca a los maestros de la belleza, a los griegos. Supo de Miguel Angel aplicando su ser al brote del genio y rozó con él creación y reposo. Federico Muelas le adoraba. Y los discípulos fueron amigos aún quedan y alientan escultura y pintura. Porque Fausto fue igualmente un pintor, un gran pintor al que volveremos un día.



(Foto: Aurelio Lorente).